

tódico y profundo sondeo de nuestro centro galáctico. Mas para ello no podían utilizar, claro está, el telescopio clásico, sino ese nuevo y maravilloso instrumento que ha sido bautizado con el nombre de radiotelescopio, en líneas generales similar a nuestros aparatos receptores de Radio. Como éste, capta radio-ondas, que transforman en ondas sonoras, en ruido. Las ondas radioeléctricas que procedentes de los objetos celestes capta el radiotelescopio son, por ende, una forma de la energía electromagnética, de menor longitud y mayor frecuencia que las de Telecomunicación; por el contrario, de mayor longitud y menor frecuencia que las de la luz visible. Según hemos dicho el Centro galáctico se encuentra más allá de la constelación del Sagitario en una región de la cual no podemos, en absoluto, recibir *radiación luminosa*, por que ésta es absorbida totalmente por las nebulosas de gas y polvo que se interponen. En compensación las radio-ondas cortas tienen la inestimable cualidad de llegar hasta nosotros casi intactas. Pues bien: Enfocando sus radiotelescopios a la región citada han podido descubrir que el núcleo de la Galaxia está lleno de nubes de Hidrógeno en estado de alta turbulencia y agitación. Se ha visto que los átomos de dicho gas se mueven allí con una velocidad de agitación mucho más grande que en varias zonas del cielo; por ejemplo, que en las regiones galácticas próximas al grupo local de que el sistema solar forma parte. Lo más probable es que dicha agitación sea un efecto del paso de los cúmulos esféricos por la región del núcleo.

ELISEO ORTEGA RODRIGO.



QUERELLANTE

A una Reina de Amor.

Desde la excelsa región
que en dilatada extensión
hasta los cielos avanza,
ciudad, la de la Ilusión,
calle, la de la Esperanza;
de dulcísimas y amenas
inmensidades serenas
y celajes purpurinos;
con arroyueios de trinos
bajo palios de azucenas;
donde en vuelo encantador
ejerzo plácidamente
mi oficio de soñador,
del bulevar a la fuente
y de la estrella a la flor,
preso en el bello paisaje
que un sol de anhelos abrasa,
e inquiriendo entre el follaje
a quién llevará el mensaje
la libélula que pasa,
herido de un desamor
que me inundó de amargura,
a vos, Reina del Amor,
vengo yo, pobre amador,
en demanda de ventura.
Habré, digna Majestad,
de deciros con lealtad
por la experiencia obligado,
que en vuestro dulce reinado
no es todo fidelidad.

Hay quien huyendo al deber,
sus consignas abandona,
pretendiendo oscurecer
con su duro proceder
el sol de vuestra corona.
Esta advertencia leal
se refiere a cierta ingrata
de vuestro Reino ideal
que despectiva y vanal
vuestras leyes desacata.
Cabeza de rebelión
que juega sin compasión
con mi pena y mi alegría,
y es a la vez, noche y día
dentro de mi corazón.
Os contaré en un momento
lo que es causa y fundamento
de mi amoroso pesar,
para que podáis juzgar
con todo conocimiento.
Fué ante un cielo arrobador
pleno de ardientes zafiros
y juramentos en flor;
hora, la de los suspiros;
lugar, el del ruiseñor...
Hallábame, a la ventura,
sobre un ensueño posado,
y ella, oculta en la espesura,
hizo red con su hermosura
y me dejó aprisionado.

No lo pudiera lograr
 si os quisiera retratar
 belleza tan seductora:
 ¡porque es hermosa, Señora,
 me he dejado aprisionar!
 Mas si en el vasto confín
 véis titilar una estrella
 o véis un lirio, un jazmín,
 una aurora, un querubín....
 podéis afirmar que es ella.
 Y si es forzoso acatar
 las leyes que habéis prescrito,
 ver, Señora, y no adorar
 belleza tan singular,
 fuera en mí grave delito.
 Que de haberla contemplado
 con mirada indiferente,
 en señal de desagrado,
 fuera ella, seguramente,
 quien se hubiera querellado.

Mas como firme amador
 y en honra de mi linaje,
 sé rendir con gran fervor
 a las leyes del amor
 el debido vasallaje.
 Es cosa muy natural
 que lo que es bello enamore
 con su encanto sin igual;
 toda belleza ideal
 es para que se la adore!
 Pues yo os ruego, por favor,
 – agradecido al honor –
 que me digáis con franqueza,
 de qué sirve una belleza
 si no tiene adorador.
 Y expuesto lo precedente,
 me habréis de reconocer,
 que al amarla firmemente,
 cumplí religiosamente
 con mi gusto y mi deber.

Mas, ¡ay! por lo desdenosa,
 junto a sus gracias divinas,
 veo con verdad dolorosa
 que me prendé de una rosa
 que está cuajada de espinas.
 De sus desdenes dolido
 y a impulsos de mi pasión,
 muchas veces le he pedido
 del daño que me ha inferido
 cumplida reparación,
 Mas, insensible a mi ruego
 y ciega a mi desvarío,
 siempre opone con despego
 a mis palabras de fuego
 la nieve de su desvío.
 Y cuanto más fuertemente

descarga en mí sus enojos,
 más viva está y más latente
 su imagen resplandeciente
 en mi alma y en mis ojos.
 Lleno de ella el pensamiento,
 sueño que aspiro su aliento
 en la aromática brisa;
 oigo su voz en el viento;
 veo en el alba su sonrisa.
 Y preso en el arrebol
 de su cara peregrina,
 soy el dócil girasol
 clavado en el bello sol
 que le enciende y le fascina.
 Que en mi dura adversidad
 es tanto lo que la quiero

a pesar de su crueldad,
 que es ser ya su prisionero
 mi más dulce libertad.
 Y aquí tenéis la razón,

como antes os refería,
 de que tan grata visión
 fuese a la vez noche y día
 dentro de mi corazón.

Mas, considero ilegal
 que por razón de ser bella
 proceda de modo tal,
 y éste es el punto esencial
 que motiva mi querella.
 No es bien que labre, inhumana,
 al que en amarla se afana,
 situación tan angustiada;
 que el hecho de ser hermosa,
 no autoriza a ser tirana.
 Todo lo que hacer debiera
 una belleza cualquiera
 cuando se siente querida,
 es mostrarse sometida
 dejando que se la quiera.
 Si siente gozo en querer
 todo pecho enamorado,
 según mi humilde entender,
 sentirá el mismo placer
 aquello que es adorado.
 No es el rostro seductor
 con que una bella presume,
 para que dañe traidor;
 es, a imagen de la flor,
 para que alegre y perfume.

Ni se puede impunemente
 obrar con tanta crueldad,
 ni herir tan arteramente,
 y esquivar tranquilamente
 la responsabilidad.
 Es firme criterio mío
 (y a vuestro juicio lo fío),
 que, beldad que ha cautivado,
 en razón del resultado,
 no es dueña de su albedrío.
 De un rostro deslumbrador,
 según decretos de amor
 y de experiencia diaria,
 la amada es depositaria,
 y el amante, poseedor.
 Repito que es ilegal
 tal conducta; y pues, sospecho,
 que en vuestro Estado Imperial
 tendrá que haber más de un pecho
 quejado del mismo mal,
 fuera del reinado en prez,
 si ordenarais de una vez
 que en vuestras subordinadas,
 la hermosura y la altivez
 no marchen tan enlazadas,

Y visto que lo apuntado,
 copia fiel de la verdad,
 deja bien determinado
 quién procedió con lealtad

y quién ha prevaricado:
 Siendo, además, de razón,
 que una beldad seductora
 que provocó una pasión,

pasará a ser posesión
 de aquél a quien enamora:
 Dado que hubo rebeldía,
 agresión, alevosía,
 item más, ensañamiento,
 pues hizo con mi tormento
 juguete de su alegría:
 Siendo el delito, en cuestión,
 crimen que clama sanción,
 pues con lo expuesto se aclara
 que hubo un matador: su cara:
 y un muerto: mi corazón.
 Comprobado, en demasía,
 y es lo que en justicia imploro
 como fin de mi agonía,
 que, pues es bella y la adoro,
 no puede ser sino mía.
 Y sabido, en conclusión,
 que si es eterna mi espera
 será eterna mi aflicción,
 ¡Señora, por compasión:
 ordenadla que me quiera!
 Y porque en todo momento
 tal ejemplo de equidad

sea de ingratas escarmiento,
 y a mí me traiga el contento
 y a Vos la tranquilidad,
 iprendedla sin dilación
 y mandadla sin tardanza
 a mi encantada región,
 ciudad, la de la Ilusión,
 calle, la de la Esperanza,
 donde torno nuevamente
 a seguir plácidamente
 mis vuelos de soñador,
 del bulevar a la fuente
 y de la estrella a la flor.
 Atendedme en lo que os pido:
 pues fuera un contrasentido
 que tuvierais, Majestad,
 al que aflige, en libertad,
 y en prisión al afligido,
 Y la que vil y homicida
 me hizo el corazón pedazos,
 pague la pena debida:
 iprisión por toda su vida
 en la cárcel de mis brazos!

VICENTE NERÍA.



LA OTRA CONCIENCIA

Por AUGUSTO OLIVER MARCOS


CERNESTO salió de aquella casa aplanado, En el umbral aspiró hondo el aire de la calle. Lo necesitaba, era también como un suspiro. Había visto tanta desgracia allá dentro y tan inesperada, que su respiración se entrecortó. Volvió a respirar con fuerza. Ahora la calle plena de vida e indiferencia. Se había puesto el sol, pero en estas tardes de finales de primavera, aún se veía, gracias a la luz del crepúsculo, Brillaban las acacias verdes y olía bien a no se qué, como a campo cercano, a vida. Los chiquillos jugaban alborozados y empezaban a aparecer parejas de novios por todas partes. Toda la gente parecía feliz. Ernesto volvió la cabeza: vió la casa donde vivía su amigo, la casa que acababa de abandonar. Pensó con amargura que era imposible adivinar desde allí el drama que se desarrollaba tras aquellas paredes. El mismo Ernesto acababa de comprenderlo ahora, porque hace unos meses aún se resistía a todas las conjeturas:

—Lo de Luis es un cáncer.

Lo habían dicho los amigos en un susurro, pero Ernesto acogió el diagnóstico con escepticismo. Luis era un gigantón lleno de vida. Ni cáncer de pulmón, ni nada: tenía algunas molestias, que cesarían tan pronto como dejase de pensar en ellas.

Pero los rumores precisaban tétricos:

—Es un cáncer..., le quedan tres meses de vida.

Ernesto apreciaba a Luis, era buen chico y hacía tiempo que se conocían. Desde los remotos años del Bachillerato, cuando le pasaba en los exámenes las traducciones del dichoso latín, para Ernesto tan embrollado y confuso. Le apreciaba, eran muchos años unidos, haciéndose pequeños favores y por esto fué a visitarle.

La misma mujer de Luis, Matilde, le recibió en la puerta. Luis se había casado hacía poco más de un año, en seguida que su bufete había dado lo suficiente para fundar un hogar. Llevaban de relaciones varios años, la quería y para qué esperar más. Formaban una pareja feliz: ella hermosa, femenina, agradable: él, triunfando en su carrera y encima les había nacido un niño, que traía locos a los dos.

Matilde presentaba ahora un deplorable estado. Llevaba los párpados húmedos, escocidos por un llanto suave, pero continuo y toda su persona daba la sensación de hundimiento próximo, de abandono fatalista. Le recibió con desgana y condujo al cuarto del enfermo. Allí,